

para que hiciese el oficio de intercesora en aquel negocio, aunque el Hijo no admitía al principio las súplicas de la Madre, diciendo que no podía poner término á sus iras estando aquella comunidad tan discordada y tan opuesta. Contaba Rosa lo mucho que había temido el salir bien despachada, oyendo lo que pasaba entre la Madre y el Hijo, y lo que se decían; instando piadosamente la Madre por la gracia y el perdón, y volviendo severamente el Hijo por su justicia y por el justo castigo. Finalmente, templándose el enojo del Hijo, había condescendido con los poderosos gemidos de su Santísima Madre; y así la volvió los ojos y el rostro, mirándola con apacible risa, y después miró también á Rosa con benigno agrado. Y con eso, desde aquel punto tuvo por cierto que estaba ya concedida la gracia que había pedido, y que no dudase el padre confesor que en breve se tocaría el efecto con las manos.» Sucedió así puntualmente, porque pasado algún tiempo, que fué poco, con admiración de todos se fueron reconciliando los opuestos ánimos de aquella congregación, desvaneciéndose como humo la manzana de la discordia y desbaratándose el grueso escuadrón de Satanás que había causado la división. Y adviertan de paso los que introducen discordia y oposición, divisiones y bandos en las comunidades, y maquinan disensiones entre religiosos, que fabrican una obra grandemente abominable para Dios, de gran gusto para el demonio y urden tela perniciosa para los prójimos. Mas pasemos á otras cosas.

No será fuera de propósito enlazar con la historia pasada lo que sucedió á Rosa con otra imagen de Nuestra Señora, no esculpida con buril, sino dibujada con pincel, que estaba en el oratorio del contador D. Gonzalo. Pintada estaba en el lienzo la Virgen, Madre del Verbo, abrazada con el Niño Jesús, durmiendo sobre su pecho. A Rosa le parecía que cuanto veía en esta imagen era vivo y no pintado, y repetía muchas veces lo mucho que la estimaba, por las muchas mercedes,

consuelos y regalos que de allí había recibido; que aquel sueño apacible del Niño y el desvelo con que parecía estar la Madre porque no despertaran á su Hijo, disparaban á su pecho penetrantes saetas de fuego, que la pasaban el alma; de suerte que ni se atrevía á interrumpir el dulce reposo al Niño, ni dejar á la Madre, que estaba guardando el sueño, sin ayudarla á velar y acompañarla con cantares amorosos de corazón abrasado. En esta pugna de afectos encontrados, en esta lucha de intenciones se derretía dulcemente el corazón de la virgen, pareciéndole que el Niño mudamente la decía lo que á la Esposa en los cantares: «Yozgo apacible sueño, mi corazón está en vela.» Estando en el oratorio sucedió que D.<sup>a</sup> María de Usateguí, delante de Rosa y de otras dos personas muy familiares, trabó conferencia espiritual acerca de los grandes beneficios espirituales que comunica á los hombres la Reina excelsa de los cielos; y poco á poco se trató de los milagros que la omnipotente mano de Dios es servido de obrar por medio de la santísima imagen de Nuestra Señora de Atocha, que está cerca de Madrid. Rosa, clavados los ojos en la imagen que hemos dicho que estaba en el oratorio, escuchaba gustosamente la plática; pero viendo que la matrona iba hablando de otras cosas, con énfasis singular la interrumpió y dijo: «Pase adelante madre mía, pase adelante, dí todo lo que sabes á este propósito, que parece que te olvidas y te sales de este punto.» Bien conoció la matrona que entre la imagen pintada y Rosa se trataba algún negocio ó algún misterio de gran monta é importancia, y así despidiendo á todos, quedando á solas con ella, la obligó casi por fuerza á que la dijese claro: con qué fin ó por qué causa había atajado la plática, advirtiéndole que pasase adelante el primer asunto; porque ella tenía por cierto que en esto había algún misterio que la importaba saber. Rosa por atribuir el prodigio, no á sus méritos, sino á D.<sup>a</sup> María de Usateguí, respondió: «¡Y cómo si había misterio! Advierte que cuando tú re-

ferias los milagros y portentos de la imagen ausente de Atocha, la que tenemos presente daba señas de alegría extraña, volvía hacia nosotras aquellos hermosísimos ojos de paloma, y cobrando en la representación mayor corpulencia, hacía demostraciones de salirse de aquel lienzo para venirse hacia nosotras con el Hijo que tiene dormido entre los brazos. Esparcía también secretamente dulzuras, despedía majestuosamente rayos de luz, ya acariciando al pequeñuelo Infante, ya mostrándonos agrado cariñoso. Y así mira si era justo detenerse más en los elogios de tan soberana Reina, cuando con tanta largueza nos aplaudía con favores tan extraños. Por eso dije que pasases adelante en la conversación comenzada.»

Es fuerza que volvamos, aunque brevemente, á la capilla del Rosario, pues es el principal asunto de este capítulo. Era el primer cuidado de Rosa, durante todo el año, recoger todos los sábados del huerto rosas, que por su mano cultivaba, formar vistosos ramilletes, llevarlos por sí misma ó enviarlos por otros para adorno del altar. Era admiración de cuantos conocían el hermoso jardín, ver que nunca faltasen en sus cuadros flores que dedicar á la Virgen en el altar del Rosario; ya el ardiente sol de la canícula despojase la tierra de la pomposa gala de las flores; ya el frío excesivo las marchitase en los demás jardines, siempre en el pequeño huerto de Rosa quedaban flores que ofrecer á la que es Reina de todas ellas. Más quisiera nuestra virgen en vez de ramilletes, ofrecer á la sagrada imagen ricos vestidos, mantos preciosos, sembrados de lazos de oro, de finísimos diamantes, de aljofar y perlas; pero no lo permitía su limitado caudal. Suplió esta falta la industria ingeniosa<sup>a</sup> de su devoción y afecto. Así que para vestir espiritualmente dos veces al año á la soberana Reina del Santísimo Rosario, inventó una nueva traza con que tener muy á mano materiales más preciosos, arte y forma de vestirla, al modo con que abrigaba á Jesús recién nacido, de que hemos



CUADRO DE LA VIRGEN DE BELÉN

tratado antes. La idea de un vestido de estos se halló escrita después de su muerte en un libro de memoria y apuntación de la virgen. Y el tenor suyo era este.

«Memoria del vestido que yo, Rosa de Santa María, indigna esclava de la Reina de los Angeles, comienzo á urdir y tejer á la Virgen Madre de Dios, con ayuda del Señor. Primeramente han de fabricar la túnica interior seiscientas Ave Marías, de Salves el mismo número, con quince días de ayuno, en reverencia del gozo purísimo que recibió con la Anunciación del Angel, cuando supo que en sus entrañas castísimas había de vestirse de carne el Verbo eterno del Padre. Lo segundo, el paño para el vestido se ha de tejer con seiscientas Ave Marías, seiscientas Salves, quince Rosarios y quince días de ayuno, en reverencia del alegrísimo gozo que tuvo visitando á su prima Santa Isabel. Lo tercero, las orillas, orlas y flecos de este vestido serán seiscientas Ave Marías, otras tantas Salves, etc., en reverencia del altísimo gozo que tuvo en el parto de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Lo cuarto, para cintas y broches, seiscientas Ave Marías, etc., en reverencia del gozo íntimo que tuvo ofreciendo á su Hijo en el Templo. Lo quinto, para collar se gasten seiscientas Ave Marías, Salves, ayunos, etc., en reverencia del felicísimo gozo que tuvo cuando después de tres días halló á su Hijo en el Templo disputando entre los doctores. Lo sexto, el ramo que ha de llevar en las manos virginales se ha de componer de treinta y tres Padre-nuestros, otras tantas Ave Marías con Gloria Patri, tantos Rosarios de alabanzas divinas y otros tantos de alabanzas de la Virgen, en reverencia de los treinta y tres años que mi Señor Jesús vivió en la tierra.» Y poco más abajo: «Ya el vestido está acabado; Dios sea bendito y su Santísima Madre con su gran piedad supla mis defectos y perdone mi atrevimiento.

Otro vestido semejante á este, aunque de mucha más obra, hizo Rosa á la Virgen Santísima el primer día del año de 1616, y para que fuese más costoso y de

más gasto y precio, no se contentaba ya con centenares de Padres-nuestros y Ave Marías; estas oraciones entraban á millares. Mas no hay lugar al presente para referir por menudo los ejercicios de devoción en que se empleaba; han llegado los menos á nuestra noticia, siendo ellos innumerables.



## CAPÍTULO XXII

Singular devoción de Rosa á la señal saludable de la cruz. Adornando la imagen de Santa Catalina de Sena, recibe en retorno favores de la Santa.

**C**ASI todo el adorno de la celdilla solitaria del huerto, de que arriba hicimos mención, era una cruz de madera, algo más alta en la estatura que la virgen. Era tan grande porque así representaba más al propio el suplicio del Calvario, cuando en éste meditaba, y también para poder así con más comodidad la nueva Magdalena dar á la cruz sacrosanta muchos y muy apretados abrazos. No se pudo esconder del todo á los de su casa con cuánta ternura imprimía suavísimos ósculos en el madero sagrado; con cuántas lágrimas regó y humedeció el santo leño, regalando allí su espíritu; con cuántos suspiros y ardientes ansias ponía fuego espiritual á su alma, que fué el material del holocausto de Cristo; con qué tenacidad apretaba entre sus brazos aquella santa señal de nuestra redención, deteniéndose en esto días y noches; cuán continuo era el estar postrada al pie de la cruz, adorándola con toda la devoción de su espíritu. Sin sa-